

LAS ETIMOLOGÍAS HEBREAS DE SEBASTIÁN DE COVARRUBIAS: PROCEDIMIENTOS DECLARADOS Y SUBREPTICIOS EN EL *TESORO DE LA LENGUA CASTELLANA O ESPAÑOLA* (I)

TOMO XCIII • CUADERNO CCCVII • ENERO-JUNIO DE 2013

A Tamás, por creer y no abandonar

INTRODUCCIÓN

El año 2005 los doctores Ignacio Arellano y Rafael Zafra, de la Universidad de Navarra, me pidieron que colaborara en el estudio de la presencia de la lengua hebrea en el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias con vistas a la preparación de una nueva edición impresa.¹ El *Tesoro* y su *Suplemento* contienen una notable cantidad de palabras hebreas —exactamente 825 unidades léxicas, en su mayoría palabras completas más unos cuantos caracteres sueltos, repartidos en 514 entradas si juntamos el *Tesoro* y el *Suplemento*— que casi siempre aparecen en función de fuentes etimológicas de términos españoles². Al poco de empezar el trabajo me sorprendió detectar una especie de sesgo en la manera aparentemente arbitraria en que Covarrubias trasladaba a caracteres latinos las palabras hebreas. Una y otra vez, la transcripción imprecisa o incluso errónea de la palabra hebrea tendía a aproximarse a la palabra española cuya etimología supuestamente representaba. Mi curiosidad aumentó y me impuse la tarea de investigar a fondo el fenómeno: intentar dar, primero, con algún rasgo fijo, algún sistema subyacente a esas transcripciones aparentemente caóticas de Covarrubias que me sirviera como

¹ Sebastián de Covarrubias Horozco, *Tesoro de la lengua castellana o española*. Edición integral e ilustrada de Ignacio Arellano y Rafael Zafra. Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, 2006. La *editio princeps* es de 1611.

² En este número se incluyen también las escasas palabras arameas impresas en caracteres hebreos cuadrados que Covarrubias aduce en sus etimologías. 813 están transcritas en el original hebreo cuadrado, mientras que 11 étimos hebreos que Covarrubias toma directamente de las *Etimologías españolas* de Francisco Sánchez de las Brozas aparecen solo en caracteres latinos. Por último, hay un caso en la entrada *Açucena*, donde quedó un espacio en blanco para una palabra hebrea ausente, seguida de su romanización: «sosana».

marco de referencia y punto de partida de posteriores averiguaciones; y en segundo lugar, y más importante, comprobar si Covarrubias manipulaba sus transcripciones deliberadamente para alcanzar así sus objetivos etimológicos. Aparte deseaba examinar también la práctica etimologizadora de Covarrubias respecto del hebreo desde una perspectiva histórica más amplia, comparando sus métodos y ejemplos con los de sus predecesores, los autores de los primeros diccionarios etimológicos españoles.

Al tener en el centro de mi investigación las diversas formas en que Covarrubias romaniza el hebreo, es preciso definir de entrada el sistema de romanización usado en mis propias transcripciones. Se basa en el sistema de transliteración prescrito por la revista *Sefarad*, con alguna simplificación: lo sigo fielmente en cuanto a las consonantes pero limitándome exclusivamente a las cinco vocales básicas *a*, *e*, *i*, *o* y *u* independientemente de su duración, pues Covarrubias y sus contemporáneos no distinguen entre vocales largas y breves. Respecto a la forma fricativa de la letra כ *kaf* / *jaf* doy la transliteración *k*. Aunque la transliteración *j* reflejaría indudablemente mejor la pronunciación contemporánea de esta consonante, Covarrubias y sus compañeros etimologistas del hebreo trataban la oclusiva *k* y la fricativa *k* como variantes mínimas de la misma letra כ *kaf*, bien transcribiéndolas uniformemente como *c*, *ch*, o *q*, pero nunca como *j*, o bien cuando derivan palabras españolas que contienen las letras *c*, *ch* y *q*, pero nunca la letra *j*. La transcripción *k* refleja mejor, por tanto, el comportamiento de los etimologistas que estudiamos.

Por último, apunto una precisión técnica acerca de la reproducción de las palabras hebreas originales en caracteres cuadrados en el *Tesoro*. En su mayoría, las palabras de la edición de 1611 están completamente vocalizadas. Por razones tipográficas he preferido reproducir solo el texto consonante sin los signos vocálicos; sin embargo, en mi transliteración latina siempre indico el modo en que Covarrubias vocaliza. Para reproducir el texto hebreo consonante original del *Tesoro* de la manera más fiel posible, nunca uso *matres lectionis* para reemplazar los signos vocálicos ausentes, ni siquiera donde su uso sería obvio, como al demostrar la diferencia entre los distintos paradigmas verbales de una misma raíz hebrea.

REVISIÓN CRÍTICA DE LA INVESTIGACIÓN ACERCA DE LA LENGUA HEBREA EN EL *TESORO*

Ciertos aspectos de los componentes hebreos del *Tesoro* han sido estudiados por contados investigadores. Fórneas Besteiro (1989)³ demuestra la incorrección de las supuestas etimologías hebreas de Covarrubias comparando unas cincuenta entradas del *Tesoro* con sus correspondientes en el diccionario etimológico de

³ José María Fórneas Besteiro, «Los 'hebraísmos' del *Tesoro* de Covarrubias», *Miscelánea de estudios árabes y hebraicos*, 37-38, 1988-89, págs. 223-247.

Corominas⁴. Aunque sus conclusiones son generalmente correctas, el estudio tiene el inconveniente de no haber trabajado con la edición de 1611 del *Tesoro*, sino con la de 1943 de Martín de Riquer⁵ que sumaba toda una serie de errores a la ya imperfecta presentación del corpus de palabras hebreas de 1611. Así, uno de los errores que Fórneas Besteiro achaca al *Tesoro* es el uso incorrecto de las formas medias de ciertos caracteres hebreos al final de las palabras, en lugar de sus formas finales correctas, sin notar que se trata de una corrupción introducida por primera vez por Riquer en dicha edición de 1943 y ausente por completo de la edición primitiva⁶.

Brigitte Lépinette (1989)⁷ da una concisa pero muy informativa y bien razonada revisión de las fuentes hebreas del *Tesoro* y de las ideas lingüísticas de Covarrubias. Identifica con exactitud las dos gramáticas hebreas, de Juan Isach y Luis de San Francisco, mencionadas explícitamente por Covarrubias. Sin embargo, no tiene absoluta certeza sobre la identidad del *Thesaurus hebraico* mencionado por el autor en un par de ocasiones. Supone que debe tratarse de uno de los diccionarios hebreos más ampliamente distribuidos en la Europa de entonces: bien el *Thesaurus Linguae Sanctae* de David Kimḥi (1548)⁸, el *Dictionarium Hebraicum* de Sebastian Muenster (1539), o el *Dictionarium Trilingue* del mismo autor (1530, reeditado en 1543). Asimismo afirma que Covarrubias ha consultado algunas ediciones del muy popular *Calepinus*, que desde 1570 introdujo también palabras hebreas. Una de sus hipótesis, el *Thesaurus Linguae Sanctae*, se nos revela completamente cierta

⁴ Joan Corominas y José Antonio Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1980. Fórneas Besteiro afirma erróneamente que en la pág. 1213 de esta edición hay una lista de préstamos hebreos y sirio-caldeos. La lista se encuentra en realidad en otra obra de Corominas, el *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, Berna, Francke, 1954, pág. 1213. Reyre 1997 reproduce el error citando a Fórneas Besteiro.

⁵ Martín de Riquer, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española según la impresión de 1611, con las adiciones de Benito Remigio Noydens publicada en la de 1674*, Barcelona, Horta, 1943.

⁶ Lamentablemente, tampoco la edición de 2006 del *Tesoro* quedó libre de errores en lo que toca a los caracteres hebreos. Fui aquí el tercer editor responsable de las palabras hebreas y remití una extensa lista de correcciones. Por desgracia, al no tener oportunidad de revisar las pruebas de imprenta definitivas descubrí al tener el libro en las manos que se habían introducido un número considerable de erratas de transcripción en palabras que ya me había preocupado de enviar corregidas. En consecuencia, la única edición del *Tesoro* a día de hoy libre de erratas en sus textos hebreos es la versión electrónica publicada en DVD por Studiolum en 2011 (www.studiolum.com). Incluso el DVD que acompaña a la edición en papel de 2006 contiene algunos errores, aunque notablemente menos que los que se cuentan en el libro.

⁷ Brigitte Lépinette, «Contribution a l'étude du *Tesoro de la lengua española o castellana* (1611) de Sebastián de Covarrubias», *Historiographia Linguistica*, 16:3, 1989, 257-310.

⁸ Más exactamente, de Santes Pagnino, también conocido como Xanthus Pagninus, que basó su obra en los escritos del famoso gramático judío David Kimḥi.

—volveremos sobre esto—, mientras que mi compulsión de los otros tres diccionarios con el *Tesoro* no revela influencia alguna sobre el trabajo de Covarrubias⁹.

Más importante es que Lépinette fue la primera en notar la abierta contradicción interna en la entrada *Lengua* del *Tesoro*, donde entre otras cosas trata de los orígenes del componente hebreo de la lengua española. Covarrubias no es demasiado explícito en este punto: opta primero por la teoría monogenética hebrea que sostiene que todas las lenguas descienden del primer lenguaje humano: el hebreo. Así, el español sería su derivación más o menos directa, cosa que explica las similitudes entre tantas palabras españolas y hebreas. Más adelante en la misma entrada cambia súbitamente de opinión y dice que los elementos hebreos entraron en el idioma español como préstamos de época muy posterior, cuando judíos y moros cohabitaban con los cristianos en la Península. Destacar esta ambigüedad es muy relevante: demuestra que Covarrubias no tenía una visión tan uniforme sobre la génesis del español como pretenden algunos investigadores modernos¹⁰.

Dominique Reyre ha tratado más recientemente del hebreo de Covarrubias en varios estudios: De manera más extensa en un artículo publicado en 1997 en la revista *Criticón*¹¹ y en su «Prólogo segundo» a la primera edición integral del *Tesoro*, publicada en 2006¹²; y con más brevedad en un artículo publicado en 2006 en la revista *Ínsula*¹³.

En el artículo de 1997 publicado en *Criticón* da un completo repaso a la formación hebrea adquirida por Covarrubias en la Universidad de Salamanca. Identifica y trata en detalle la fuente hebrea más importante del *Tesoro*, el *Thesaurus Linguae*

⁹ En el caso del *Calepino* mi conclusión atañe exclusivamente al componente hebreo. Sabemos que Covarrubias lo consulta en ocasiones y toma definiciones y equivalentes en otras lenguas distintas del hebreo.

¹⁰ Por ejemplo, Dominique Reyre (ver más abajo un comentario detallado de sus estudios) y especialmente Mar Campos Souto y Dolores Azorín Fernández. «Covarrubias suscribe, en definitiva, la teoría teológica del origen del lenguaje, basada en una interpretación literal de la Biblia» (Mar Campos Souto: «Sebastián de Covarrubias o la invención de la etimología», *El tapiz humanista*, Universidade de Santiago de Compostela, 2006, pág. 119). «Al igual de sus predecesores en el quehacer etimologizante, Sebastián de Covarrubias asume las teorías que sobre el origen del castellano circulan en su época. Comparte, así, la creencia generalizada de que el hebreo es la lengua matriz de la cual proceden todos los idiomas existentes» (Dolores Azorín Fernández: *Los diccionarios del español en su perspectiva histórica*, Universidad de Alicante, 2000, págs. 113-114).

¹¹ Dominique Reyre: «Cuando Covarrubias arrimaba el hebreo a su castellano...», *Criticón*, 69, 1997, págs. 5-20.

¹² Dominique Reyre: «Prólogo segundo: Las llaves del *Tesoro* de Covarrubias», en Sebastián de Covarrubias Horozco: *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, 2006, págs. XLV-LXVI.

¹³ Dominique Reyre: «La Biblia en el *Tesoro* de Covarrubias. Cuestiones filológicas y exegéticas», *Ínsula*, 709-710, enero-febrero 2006, págs. 22-25.

Sanctae de Santes Pagnino y menciona las dos gramáticas hebreas que Lépinette había ya puesto en relación. Cita también la mencionada entrada *Lengua* del *Tesoro* para ilustrar la preocupación de Covarrubias por la lengua hebrea pero solo su primera parte, la que habla de la teoría monogenética hebrea, y no la segunda en que la contradice.

También discute Reyre algunos de los métodos etimológicos de Covarrubias en su esfuerzo por encontrar raíces hebreas en palabras españolas. Menciona brevemente, en primer lugar, aquellas etimologías basadas en simples «similitudes sonoras y semánticas» entre palabras españolas y hebreas aduciendo ejemplos como «cofre»–*cafar*, «saco»–*saq*, «toro»–*tor*, «tesoro»–*tesurah*, «res»–*rosh*, etc. De entrada, no todas estas parejas valen como ejemplos de tal práctica: en el caso del español «cofre» y el hebreo כפר [*kafar*] *cafar* ‘bituminare’ no hay siquiera alguna similitud semántica. Es peor el caso del par «toro»–*tor*. Lamentablemente, aquí y de nuevo en el «Prólogo segundo» de la edición de 2006 del *Tesoro*, donde repite la lista anterior, Reyre es víctima de una de las múltiples pequeñas manipulaciones que Covarrubias aplica al proceso etimológico para mejor alcanzar sus propósitos. En la entrada *Toro* Covarrubias afirma que la palabra española «toro» es «derechamente nombre hebreo תור, *tor*, *bos*». Pero una simple comprobación en un diccionario hebreo revela que entre las muchas traducciones posibles de la palabra (pendiente, turno, cola, aspecto o incluso tórtola) no cuenta «toro». «Toro» es שור (*šor*) en hebreo. Un vistazo a la fuente principal de Covarrubias para las palabras hebreas, el mencionado *Thesaurus linguae sanctae* del dominico italiano Santes Pagnino, aclara que su atribución se basa en una lectura errónea del mismo: en la entrada שור (*šor*) Pagnino menciona que la palabra es תור, *tor* en arameo («caldeo»), y los griegos y latinos parecen haber creado la palabra *taurus* basándose en esta palabra aramea¹⁴. Voluntaria o involuntaria, esta mala lectura le sirvió a Covarrubias para crear un enlace directo entre la palabra española y un supuesto étimo hebreo.

Con todo, Reyre se manifiesta más interesada en aquellos casos en que nuestro lexicógrafo se ve forzado a realizar algunas adaptaciones lingüísticas para probar las analogías entre el hebreo y el español. En su opinión esto lo hace básicamente aplicando las reglas morfológicas y fonéticas de la lengua hebrea a la española. Según Reyre:

- Covarrubias sostiene que la estructura consonántica trirradical de las palabras hebreas se encuentra en numerosas palabras españolas. Reyre trae como ejemplos las entradas *cortar*, *recamar* y *casar* del *Tesoro*.

Sin embargo, solo en uno de estos casos, concretamente en la entrada *cortar* del *Suplemento*, veo que Covarrubias argumente que el español *cortar* debe relacionarse

¹⁴ Pagnino, col. 2914: «Chaldeis תור Graeci et Latini hinc Tauri nomen sumpsisse videntur.»

con el hebreo כרת *karat* ‘cortar’ por compartir las mismas «tres letras radicales». En las entradas *recamar* (derivada del hebreo רקם *raqam* ‘bordar’) y *casar* (del hebreo קשר *qašar* ‘atar’) no se hace mención ninguna de los radicales, y especialmente en el último caso la etimología se basa más probablemente en la similitud formal entre ambas palabras completas, incluyendo sus vocales y no solo las consonantes. Según he podido comprobar, Covarrubias no menciona ni encuentra en ningún pasaje «numerosas palabras españolas» cuyas etimologías deban basarse simplemente en raíces trirradicales. Con todo, he encontrado un solo ejemplo en el *Tesoro* donde Covarrubias habla explícitamente de consonantes radicales en algunas lenguas no semíticas, pero tampoco entre ellas aparece el español. Está en la entrada *cuerno*, donde Covarrubias dice que las palabras equivalentes en latín, griego y hebreo tienen todas en común los dos primeros radicales. Por último, como mostraré más abajo, en muchas instancias Covarrubias destaca la importancia de la correspondencia de *consonantes y vocales* cada vez que busca paralelos entre una palabra hebrea y una española.

— Covarrubias crea etimologías partiendo de onomatopeyas. Los ejemplos de Reyre aquí son *gangoso* y *arrabaj*, donde Covarrubias fundamentalmente afirma que los sonidos españoles son transcripción de ciertos sonidos guturales hebreos.

Al haber encontrado únicamente un ejemplo adicional en el *Tesoro* para corroborar este enfoque, no lo puedo calificar como una práctica muy propia de nuestro autor.

— Covarrubias aduce etimologías «fisiomiméticas». Según Reyre este método, algo extravagante, consistiría «en derivar las voces de la forma que tomaba la boca al pronunciarlas»¹⁵. Reyre encuentra un solo ejemplo, en la entrada *besar*, donde Covarrubias da un origen hebreo que parte de la vocal «qubutz»¹⁶ (equivalente a la *u* castellana) y, a través de *buz*, llega al verbo *besar*. Así, si *hacer el buz* es además de besar, poniendo la boca en la forma en que se pronuncia la *u*, llegaríamos fácilmente a la relación con *besar*. Reyre apunta que Covarrubias encontró el recorrido en el *Globus* de fray Luis de San Francisco, quien deriva la palabra hebrea קיבוץ *qibbuš* (nombre hebreo de la *u*) de la expresión קיבוץ שפתים *qibbuš šefatayim* ‘unión de los labios’.

Covarrubias aquí se explica de manera algo confusa. En la entrada *besar* afirma que *buz* deriva del hebreo *buz*, ambas con el significado de «beso». Tampoco está muy clara la alusión al hebreo *buz* como derivado del nombre de la vocal *qibbuš*.

¹⁵ Reyre, art. cit., 1997, pág. 16.

¹⁶ *Quibuz* es la forma que encontramos en el *Tesoro*.

De este modo, conviene subrayar que no existe en hebreo tal palabra *buz* con el significado de «beso» o «besar», sino que es mera invención de Covarrubias. Para ver mejor la confusión de Covarrubias podemos dirigirnos a su entrada *buz*: aquí él sostiene que la palabra deriva del árabe (!) *buz*, que significa «beso»; más aún, la palabra árabe es derivación de la antes citada *qibbuṣ*, hebrea. En resumen: si las etimologías fisiomiméticas parecen un método hartamente excepcional en Covarrubias, ni siquiera queda del todo claro que las aplique realmente en algún caso referido al hebreo.

En resumen, el estudio de Reyre de 1997 ofrece una valiosa exposición de la formación y las fuentes hebreas de Covarrubias pero nos parece insuficiente el estudio de los métodos etimológicos al haberse centrado en unos pocos casos marginales o casi excepcionales. Más adelante intentaré ver cómo Covarrubias movilizaba unos recursos sutiles y menos obvios cuando trataba de manipular las palabras hebreas para relacionarlas con el español.

En el «Prólogo segundo» a la edición de 2006 del *Tesoro*, esta autora examina las actitudes lingüísticas de Covarrubias y algunos de sus métodos disponiéndolos sobre el fondo del pensamiento etimológico del Renacimiento. Comenta la actitud prevalente en la época de considerar el hebreo como madre y fuente primera de todas las otras lenguas, y los intentos consiguientes de los etimologistas de rastrear en cada palabra aquel idioma original, donde para alcanzar sus objetivos era lícita cualquier manipulación. Reyre menciona uno solo de estos métodos, ya visto en su artículo de 1997: describir las palabras no hebreas como si lo fueran reduciéndolas a sus raíces trirradicales consonánticas, con lo cual solo cuentan las consonantes en la indagación etimológica, no las vocales. Para reforzar el argumento cita a Bartolomé Valverde quien en su *Tratado de etimologías de voces castellanas* explícitamente recomienda y utiliza este método. Pero lo que es válido por completo para Valverde no lo es para Covarrubias, como ya he señalado en la revisión del artículo de Reyre de 1997.

Reyre nos presenta a Covarrubias como ardiente defensor de los orígenes hebreos del español. Subraya que expresa sus convicciones al respecto ya desde el mismo prefacio *Al lector*. Afirma aquí que, por su fonética similar, algunas palabras españolas son propiamente hebreas («derechamente hebreo»). Y se esfuerza también en demostrar orígenes hebreos en aquellos componentes árabes, griegos y latinos del español que va encontrando. No podemos negar sus manifestaciones explícitas, pero una lectura atenta de varias entradas del *Tesoro*, sin menospreciar las ambigüedades de la entrada *Lengua* ya puestas en evidencia por Lépinette en 1989, suscita dudas sobre tal convicción. Trataré más adelante este problema.

El principal foco de interés del artículo publicado por Reyre en 2006 en *Ínsula* es la exégesis bíblica en el *Tesoro* y, de manera más amplia, la actitud de Covarrubias hacia las discusiones exégeticas de su tiempo. El artículo también toca las relaciones de Covarrubias con la exégesis rabínica. Reyre descubre ciertos métodos de la

exégesis rabínica usados por Covarrubias con propósitos etimológicos, como la adición, inserción o trasposición de letras en una palabra y supone que al no tener Covarrubias acceso directo a las fuentes judías tuvo que haberse familiarizado con dichos métodos durante su formación en la Universidad de Salamanca. Ofrece también una hipótesis más arriesgada en este aspecto: está convencida de que Covarrubias aplica en ocasiones técnicas exegéticas procedentes de la cábala judía. En concreto, el *notaricón*, uso de las iniciales de varias palabras —en especial de versículos bíblicos— para obtener una nueva, y la *temurá*, que consiste —al menos según Reyre— en la reordenación de las letras de una palabra. En notas al pie Reyre alude a las entradas *Gafó* y *Macabeos* como ejemplos del primer método, y a la entrada *Ana* como ejemplo del segundo. Presupone que nuestro autor tenía conocimientos de tales métodos cabalísticos pero cada vez que los usa lo hace extremando las cautelas y mencionando reputadas autoridades hebraístas cristianas como San Jerónimo o Nicolás de Lyra. Con todo, Reyre acaba concluyendo que es muy improbable que Covarrubias tuviera conexiones secretas o cualquier otro tipo de afinidades con la cábala o con cabalistas.

Concuerdo en que tanto los métodos de los rabinos como los de Covarrubias parecen iguales, pero creo que si se examinan aquellos casos excepcionales donde Covarrubias los aplica y se intenta localizar sus fuentes, podremos descartar con bastante seguridad sus orígenes cabalísticos:

- *Notaricón*: Su uso no es exclusivamente cabalístico, sino que ya fue usado por la exégesis rabínica largos siglos antes de la aparición de la cábala, como se demuestra tanto en el Talmud como en diversos Midrashim. Por otra parte, los dos ejemplos que Reyre menciona son los únicos de este tipo en todo el *Tesoro* y Covarrubias nos informa en ambos de sus fuentes cristianas latinas. En la entrada *Macabeos* nos dice que «según la opinión de otros» el nombre *Maccabi* puede estar compuesto por las letras iniciales de cierto verso de la Biblia. Sin embargo, esta explicación particular no proviene de fuentes cabalísticas, sino de una obra cristiana que Covarrubias cita explícitamente en esta entrada: la *Bibliotheca sancta* escrita por el converso Sixtus Sinensis¹⁷. —En la otra entrada, *Gafó*, Covarrubias se refiere directamente a Jerónimo como fuente directa de su *notaricón*. Y en efecto, en las *Questiones seu traditiones hebraicae in libros Regum*, atribuido a Jerónimo, encontramos la fuente del *notaricón* נמרצת *nimrešet* citado por Covarrubias en esta entrada *Gafó*¹⁸. La fuente del propio Jerónimo es anterior a la cábala en muchos siglos, se trata de una cita levemente alterada del Talmud babilónico¹⁹.

¹⁷ Venecia, 1566, «Liber primus», pág. 47.

¹⁸ En *Tertius tomus epistolarum D. Hieronymi Stridonensis*, Roma, 1575, pág. 210.

¹⁹ *Tratado de Shabat*, 105a.

— *Temurá*: Advirtamos primero que la definición de Reyre del término es inexacta. La *temurá* es uno de los métodos utilizados por el cabalista hispano Abraham Abulafia para «devolver las letras a su estado material primero a fin de que hagan posible la emergencia de formas nuevas»²⁰. Según él, se trata de un sistema de sustitución donde ciertas letras del alfabeto hebreo se intercambian por otras del mismo alfabeto. Hay modalidades diversas, como sustituir cada una de las letras por aquella que le sigue en el orden alfabético (*alef* por *bet*, *bet* por *gimel*, etc.), o sustituirla por la que se encuentra en el mismo orden contando el alfabeto desde la última letra (la primera, *alef*, por la última, *taw*; la segunda, *bet*, por la penúltima, *sin*, etc.)²¹. El método que Reyre parece tener en mente no es la *temurá*, sino otro llamado *seruf*, también presente en el sistema de Abulafia, consistente en la reorganización del orden de las letras de una palabra pero sin sustituirlas por otras²². La exégesis innovadora aplicada a la palabra *Ana* puede tener alguna reminiscencia de la hermenéutica rabínica, pero no se trata desde luego de *temurá* y tampoco la calificaría claramente como *seruf* en el sentido de la exégesis cabalística de Abulafia. Lo que Covarrubias parece decir es que hay dos figuras bíblicas con nombres aparentemente idénticos: Ana, la descendiente de Esaú, y Ana el ídolo mencionado en el libro de los Reyes. Sin embargo, tal como Covarrubias señala, el primer caso se escribe ענה (*ayin-nun-he*) y el segundo הנע (*he-nun-ayin*); es decir, el segundo nombre tiene las mismas consonantes que el primero pero en orden inverso. Resulta difícil averiguar aquí si Covarrubias quería dar a entender que a causa de la inversión del orden de las letras un nombre ordinario de persona se convierte en el nombre de un ídolo. —No obstante, hay otros dos lugares en el *Tesoro* donde el autor reordena de hecho las consonantes de una palabra hebrea a fin de darla como etimología. Uno es *Tabalí*, donde Covarrubias, sin dar explicaciones, cambia dos consonantes de una palabra hebrea de manera arbitraria. El otro es *Bailar*, que Reyre también menciona en nota a pie de

²⁰ Abraham Abulafia, *Sefer mafteah ha-hokmot*, Ms. Parma 141, fol. 9a. Cit. por Moshe Idel, *Language, Torah, and Hermeneutics in Abraham Abulafia*, Albany, State University of New York Press, 1989, pág. 97: «Returning the letters to their prime-material state until they make possible the issuing of new forms».

²¹ Curiosamente, mientras que Covarrubias no usa nunca el método de la *temurá* en sus etimologías, sí encontramos ejemplos notables de esta práctica en el único manuscrito conservado del *Tratado acerca de las lecturas de las glosas de rabinos* de Pedro de Valencia, B.N.M., Ms. 1076, f. 30r-30v. Como sabemos, Pedro de Valencia es una de las fuentes de las etimologías hebreas en el *Tesoro*.

²² Moshe Idel, *Language, Torah, and Hermeneutics in Abraham Abulafia*, Albany, State University of New York Press, 1989, pág. 99.

página del artículo de 1997, presentándolo como ejemplo de metátesis²³. En esta entrada Covarrubias admite que esta etimología no es suya: «Algunos quieren sea hebreo, del verbo יָבַל *iabal*, *ducere choros, per transmutationem litterarum*». Y es muy interesante que esta misma etimología la encontremos tanto en Valverde²⁴ como en Del Rosal²⁵. Como creo que Covarrubias consultó el manuscrito de Valverde, es fácil suponer que nuestro autor le copió esta etimología. Además, intercambiar las consonantes de una palabra fue un método favorito de muchos etimologistas cristianos de la época; y en el caso de Valverde, rotundo defensor de esta práctica, podemos estar seguros de que su fuente no fue la cábala: deja claro en el prólogo de su manuscrito que su método se basa en las ideas lingüísticas contenidas en el *Cratilo* platónico.

Es muy valiosa la contribución de Francisco Javier Perea Siller al ámbito de nuestras investigaciones. Ha publicado varios estudios que dan una visión exhaustiva de las actitudes lingüísticas y las discusiones acerca de la lengua hebrea en la España de los siglos XVI y XVII. Su aportación principal es su tesis doctoral, *Especulaciones lingüísticas sobre el hebreo en la España del siglo XVI y principios del XVII*²⁶. Presenta en gran detalle, apoyado en una completa documentación y una argumentación sólida, el panorama del nacimiento y desarrollo de la teoría de la monogénesis hebrea, las posiciones lingüísticas del Renacimiento, las influencias del pensamiento judío —tanto de la exégesis rabínica como de la cábala mística— y su herencia, la cábala cristiana en las teorías y especulaciones lingüísticas hispánicas y, finalmente, las diferentes teorías sobre los orígenes semíticos del español. La segunda parte de su tesis, con este último punto, se publicó apenas alterada como monografía independiente con el título *La lengua primitiva de España en el Renacimiento. La hipótesis hebrea y caldea*²⁷. En conjunto, la obra de Perea Siller es fundamental para entender el clima lingüístico general del Siglo de Oro y el sustrato ideológico de la labor etimológica de Covarrubias en particular. Nosotros vamos a fijarnos ahora en dos puntos concretos que tienen que ver directamente con nuestro etimologista: la teoría del lenguaje de Covarrubias y sus actitudes hacia la etimologización hebrea.

Por lo que hace al primero, Perea Siller consigue reconstruir un sistema coherente basándose en las afirmaciones que el autor esparce en el *Prólogo* y en

²³ Pág. 15, nota 47.

²⁴ Bartolomeo de Valverde, *Tractado de Etymologías de voces Castellanas en otras lenguas*, manuscrito, 1600.

²⁵ Francisco del Rosal, *Diccionario etimológico*, Madrid, 1992. El manuscrito está fechado en 1601.

²⁶ Córdoba, 2003, publicada en 2004.

²⁷ Granada, Granada Lingüística, 2005.

una serie de entradas del *Tesoro* —*Bada, Hebreos*²⁸, *Lengua, Nombre*—. Con ello mues-tra que Covarrubias ve el hebreo y el resto de lenguas humanas como categorías sustancialmente diferentes. Respecto del hebreo cree en la teoría monogenética, basada en el relato del Génesis y reforzada luego por Agustín e Isidoro de Sevilla. Tal como describe en el *Prólogo* y en la entrada *Lengua*, el hebreo fue creado por el mismo Dios y como tal no es arbitrario sino motivado, presenta una relación directa y perfecta entre significante y significado, entre el nombre y la esencia de las cosas. Esta es la que Covarrubias y sus contemporáneos consideran la «verdadera etimología» de las palabras. Tras el desastre de Babel, cuando el lenguaje humano se dividió en 72 lenguas distintas, solo la familia de Héber y sus descendientes conservarían el conocimiento del hebreo (cf. tb. la entrada *Cacique*). En cuanto al desarrollo histórico del hebreo, Covarrubias afirma que después del éxodo de Egipto sobrevino un proceso de corrupción.

Las otras lenguas, según Covarrubias, son tanto herederas del hebreo como productos del intelecto humano. Lo primero, porque cuando la lengua primordial se deshizo tras la caída de la torre de Babel, el hebreo actuó como matriz de aquellas 72 lenguas recién surgidas. Por esta razón aún podemos distinguir las raíces hebreas. Tal como afirma en la entrada *Bada*, no hay lengua que no descienda del hebreo. No obstante, también señala —en la entrada *Nombre*— que en el curso del tiempo todas las lenguas han seguido un proceso de corrupción donde se perdieron los nombres primordiales dados por Adán a las cosas, y en consecuencia se desvaneció aquel enlace perfecto entre significante y significado. Las nuevas lenguas son productos humanos basados en gran parte en convenciones, pero esto no implica que las palabras, en su relación con la realidad, sean completamente arbitrarias. Covarrubias cree en la capacidad del intelecto humano para crear palabras que sean racionales, que en algún grado expresen la esencia y las cualidades reales de las cosas. Esta idea la vemos en la entrada *Lengua* cuando dice que «la razón tiene fuerza en el hombre de formarla [a la lengua] a su beneplácito», y en la entrada *Nombre*: «es cierto que los nombres que ponemos a las cosas les vienen a cuadrar por alguna razón».

Considerando lo dicho, no sorprende que Covarrubias no crea en los llamados lenguajes naturales, es decir, no basados en convenciones sino desarrollados naturalmente entre los humanos, noción vivamente debatida por algunos de sus contemporáneos. Tal como asegura en la entrada *Lengua* antes de rebatir la historia de unos niños que inventan palabras de una lengua natural: «no hay lengua que se pueda llamar natural».

²⁸ Perea Siller da erróneamente el nombre de esta entrada como «Héber».

Perea Siller también investiga las teorías de Covarrubias sobre los orígenes hebreos del español. Es consciente de la dualidad de sus ideas y de que aduce argumentos tanto bíblicos como históricos. Hemos mencionado la explicación tradicional fundada en la Biblia que se encuentra en el *Prólogo* y en la entrada *Lengua*: la lengua primera creada por Dios se disgregó en Babel de modo que permanecen residuos hebreos en todas las resultantes. Aunque no lo mencione de manera literal, se deriva lógicamente que las similitudes entre palabras hebreas y españolas deben incluirse en este mismo relato.

Pero, a la vez, Covarrubias parece dar crédito a autores españoles más recientes que sostienen una muy temprana inmigración judía en la Península Ibérica. A uno de ellos, Esteban de Garibay, se le menciona explícitamente en la entrada *Azeca*. Aquí nos habla de la etimología hebrea de los topónimos de varias ciudades españolas explicándola por la procedencia judía de quienes les dieron nombre. De hecho, esta idea de que los judíos llegaron a la Península ya en tiempos de Nabucodonosor, conquistador de Jerusalén en el año 597 a. C. es bastante anterior a Garibay: la encontramos en Benito Arias Montano quien, a su vez, la toma de una tradición popular de los judíos españoles. En la entrada *Lengua* Covarrubias repite —aunque en términos más generales— la tradición de la antigua y continua presencia judía en España y aquí dice literalmente que esta es la causa de los abundantes préstamos hebreos en las lenguas de España.

Las dos teorías anteriores son básicamente contradictorias: una aboga por la continuidad de los elementos hebreos desde tiempos de la creación de Adán, la otra habla de préstamos hebreos introducidos en el español por inmigrantes judíos. Perea Siller, en sus publicaciones de 2004 y 2005, no intenta resolver esta contradicción: observa simplemente que nuestro autor defiende los orígenes hebreos del español tanto con argumentos bíblicos como históricos.

El análisis más comprensivo y detallado sobre las ideas lingüísticas de Covarrubias es el artículo «En torno a la historia lingüística universal y española en Sebastián de Covarrubias» de Perea Siller, publicado en 2006²⁹. Repite muchas de sus averiguaciones ya publicadas en 2004 y 2005 pero busca sistematizar mejor las teorías lingüísticas de Covarrubias y responder algunas preguntas que habían quedado en el aire. Solo me centraré en sus conclusiones sobre las ideas de Covarrubias referentes a la conexión entre el hebreo y el español. Perea Siller confirma de nuevo que Covarrubias creía firmemente en la teoría monogenética

²⁹ En M.^a Luisa Calero Vaquera, Francisco Osuna García, Alfonso Zamorano Aguilar (eds.), *Studia linguistica et philologica in memoriam Feliciano Delgado (1926-2004)*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2006, págs. 327-346.

hebrea, donde el hebreo sería la fuente primera del español. Esto se prueba no solo en sus múltiples etimologías directas e indirectas del hebreo, sino también —piensa Perea Siller— en su defensa de la teoría de la inmigración en tiempos de Nabucodonosor, reforzada por el hecho de que Covarrubias era un converso de tercera generación —afirmación que luego trataré con más detenimiento—. Por último, Perea Siller enfatiza la especial posición que España tuvo en el campo general de los etimologistas hebraizantes europeos en virtud del alto número de préstamos arábigos que el español incorpora. Subraya la manera especial en que Covarrubias trata las etimologías arábigas en su corpus, pues «las suele retrotraer al hebreo, supuesto origen primero»³⁰, y argumenta que los motivos por los que actúa así son dos: de un lado, ya era obvio en su tiempo que el hebreo y el árabe son lenguas estrechamente relacionadas; Bernardo de Aldrete escribe que la matriz común a todas las lenguas semíticas es el hebreo. De otro lado, había una motivación extralingüística de peso para buscar las raíces hebreas: la existencia del hebreo en la lengua española se consideraba signo de antigüedad y nobleza, cosa que no se podía decir precisamente del árabe. La presencia arábiga empañaba la lengua. Esta actitud también se encuentra en los escritos de Nebrija, quien atendía a los rasgos arábigos del español como elementos bárbaros y foráneos.

La coherencia de las teorías lingüísticas de Covarrubias elaborada por Perea Siller es muy persuasiva a primera vista, pero con algún reparo. Hay que tener en cuenta las limitaciones del género enciclopédico al que pertenece el *Tesoro*, expresadas en su naturaleza fragmentaria y de referencias acumulativas. Así, por una parte, las entradas de este lexicón, de extensión necesariamente limitada, no aspiran a elaborar discursos teóricos sin fisuras y completos sobre los temas tratados; y por otra, la obra es lo que sugiere su título: un *thesaurus* de conocimientos de diversa procedencia, agregados, hasta cierto punto desordenados y que no reflejan en todos los casos las opiniones personales o las convicciones del autor. Al presentar y discutir los temas ofrece a menudo opiniones divergentes e incluso contradictorias, sin que el autor se decante siempre por alguna de ellas, dejando al lector la decisión final. Como ejemplos obvios puedo mencionar las numerosas etimologías de palabras españolas donde Covarrubias expone varios étimos uno a continuación del otro sin decidir cuál es el correcto.

Teniendo presente lo dicho hasta aquí podemos preguntar en qué medida llegaremos a definir un sistema totalmente coherente a partir de los comentarios lingüísticos de Covarrubias; y en algunos casos, además, será difícil averiguar si estamos tratando con sus propias convicciones o con las ideas de otros autores.

³⁰ Perea Siller, 2006, pág. 244.

Para ilustrar este asunto examinaré ahora unas pocas afirmaciones problemáticas de Covarrubias donde difiero de las conclusiones de Perea Siller.

Perea Siller localiza los lugares en que Covarrubias expresa la proximidad de las lenguas hebrea y española. Así, en la entrada *Biblia* leemos: «de todas ellas [las lenguas vulgares] ninguna dicen serle más acomodada que la castellana, por tener muchas frasis allegadas a la lengua hebrea.» Más allá, en la entrada *Idiotismo*, define: «son ciertas frasis y modos de hablar particulares a la lengua de cada nación, que trasladados en otra no tienen tanta gracia, como hebraísmos los que son de la lengua hebrea, y destes tenemos no pocos en la lengua castellana». Perea Siller señala adecuadamente que en el *Tesoro* no encontramos más elaboración ni ulterior argumentación de tan notables afirmaciones.

Son, cierto, unas afirmaciones destacables y en buena medida únicas: nos dicen que el español y el hebreo tienen más en común que la simple etimología de unas palabras aisladas. Establecen que incluso la *frase* (es decir, la «índole y aire especial de cada lengua», según el *DRAE*) y ciertos modos de expresión, pongamos por caso la macroestructura y el estilo de las dos lenguas, tienen más en común, y ciertamente en mayor grado, que si comparamos muchas otras lenguas³¹. Aparte de las referidas entradas, Covarrubias también deja sentada su atrevida opinión en un lugar de honor del diccionario, la dedicatoria al rey Felipe III. Hablando de la lengua española, le dice al monarca que será oportuno «confesar ser muy parecida

³¹ Incluso durante la «fiebre etimologizadora» del Renacimiento europeo solo daremos con unos pocos autores que establezcan de manera tan rotunda la proximidad del hebreo a su propia lengua vernácula. Entre ellos está uno de los primeros traductores húngaros de la Biblia, János Sylvester. Habla así en su epílogo como traductor del Nuevo Testamento (Sárvár, 1541) sobre «las palabras que no se toman en su significado directo», es decir, de las metáforas: «La Sagrada Escritura está llena de este modo de hablar, y quien la lea debe acostumbrarse a ello. Es fácil para los de nuestra nación hacerlo así, pues esta forma de hablar no les resulta desacostumbrada. La usan en su comunicación diaria, así como en sus canciones, especialmente en las cancioncillas de amor, donde todas las naciones pueden admirar las agudas invenciones y el genio del pueblo húngaro, que no es otra cosa sino poesía húngara [...] Algunas expresiones las usamos nosotros de igual modo que la lengua judía o griega [...] y son exactamente tan populares entre nosotros como entre ellos». (La traducción es nuestra). Hemos encontrado otra afirmación similar en el prefacio de *The Obedience of a Christian Man* escrito en 1528 por el erudito protestante inglés y traductor de la Biblia William Tyndale: «The Greek tongue agreeth more with the English than with the Latin. And the properties of the Hebrew tongue agreeth a thousand times more with the English than with the Latin. The manner of speaking is both one, so that in a thousand places thou needest not but to translate it into the English word for word, when thou must seek a compass in the Latin, and yet shalt have much work to translate it well-favouredly, so that it have the same grace and sweetness, sense and pure understanding with it in the Latin as it hath in the Hebrew. A thousand parts better may it be translated into the English than into the Latin.» (En Thomas Russell (ed.), *The Works of the English Reformers: William Tyndale, and John Frith*, vol. 1, Londres, 1831, págs. 188-189).

a la hebrea en sus frasis y modos de hablar». De este modo, tenemos la misma afirmación repetida por tres veces con palabras sorprendentemente iguales, pero en cada ocasión sin dar más explicaciones.

¿Cómo sustentaba Covarrubias estas afirmaciones? Encontramos una respuesta acercándonos a un texto de exégesis bíblica ampliamente divulgado unos cincuenta años antes que el *Tesoro*, la *Exposición del Cantar de los Cantares* de fray Luis de León. En su «Prólogo», al explicarnos el proceso de traducción del libro del hebreo al español, fray Luis entre otras cosas dice (cursivas nuestras)³²:

[...] y pretendí que respondiese esta interpretación con el original, no solo en las sentencias y palabras, sino aun en el concierto y aire de ellas, imitando sus *figuras y maneras de hablar* cuanto es posible a nuestra lengua, *que, a la verdad, responde con la hebrea en muchas cosas*³³.

Mientras que fray Luis limitaba su alcance a algunas locuciones del texto del *Cantar* que se corresponden bien con otras españolas, Covarrubias admite esta afirmación casi al pie de la letra y amplía su interpretación como si se refiriera a similitudes más profundas entre las dos lenguas en general. No podemos saber si hay una mala interpretación o un cambio plenamente deliberado por parte de Covarrubias. Sí es seguro que la hace cuadrar bien con sus intereses, como señaló Perea Siller: al probar la fuerte presencia de elementos hebreos en el español, asentaba la antigüedad y nobleza tanto del español como del Imperio³⁴, una tendencia extralingüística que aumenta progresivamente en los tratados lingüísticos de finales del s. XVI y principios del XVII³⁵. En resumen, no podemos considerar opiniones propias de Covarrubias estas afirmaciones, sino más bien citas ajenas al servicio de ciertos objetivos.

Pisamos terreno aún menos seguro al intentar determinar la asunción personal de Covarrubias de la «hipótesis hebraico-nabucodonosoriana», es decir, aquella idea de que la Península ya la poblaron judíos el año 587 a. C. llegados tras su derrota a manos del rey asirio Nabucodonosor II. Como expone Perea Siller³⁶, la idea fue difundida entre otros por Benito Arias Montano. La hipótesis se sustentaría en una supuesta abundancia de nombres de ciudad de origen hebreo en los alrededores de Toledo, área que según la teoría fue elegida por aquella primera

³² Reyre 1997 pág. 14 es la primera en conectar estos dos textos pero mezcla las referencias: solo cita a Covarrubias y en la nota al pie da como fuente a fray Luis de León.

³³ *Obras Completas castellanas* de fray Luis de León. Ed. del P. Félix García, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1951, pág. 65.

³⁴ Perea Siller 2006, pág. 244.

³⁵ Perea Siller 2005, pág. 112.

³⁶ Perea Siller 2006, págs. 242-243.

oleada de inmigrantes judíos. Estas ideas ya fueron refutadas por Bernardo de Aldrete, aunque Covarrubias parece apoyar el origen hebreo de muchos de tales topónimos³⁷. No obstante, menciona explícitamente una sola vez en el *Tesoro* la inmigración judía provocada por Nabucodonosor, en la entrada *Judío*, donde parece marcar distancias con la teoría al empezar por un «Hay opinión que...». Sea como fuere, Perea Siller considera que Covarrubias era partidario de la hipótesis, y por una poderosa razón: era converso de tercera generación y, como tal, sujeto a sospechas y discriminaciones, aunque fueran latentes, por parte de los «cristianos viejos». La «hipótesis hebraico-nabucodonosoriana», al implicar que aquella vieja comunidad ibérica de dos mil años de antigüedad no podía ser culpada de la muerte de Cristo, venía muy bien a los intereses de un descendiente de conversos. Perea Siller también intenta resolver la contradicción presente en diversos lugares del *Tesoro* sobre los orígenes de los elementos hebreos en el español ajustándole parte de esta teoría. Da a entender³⁸ que las alusiones en la entrada *Judío* a la secular comunidad judía de la Península y, en particular, a los préstamos del hebreo que entraron por medio de ese contacto directo pueden atribuirse a dicha «hipótesis hebraico-nabucodonosoriana», pues así dice Covarrubias (cursiva de Perea Siller):

En España han habitado judíos de muchos siglos atrás, hasta que en tiempo de nuestros abuelos, los Reyes Católicos, sin reparar en lo que perdían de sus rentas, los echaron de España; y así *no hay que maravillar si en la lengua española haya muchos vocablos hebreos*, y juntamente arábigos, porque los unos y los otros habitaron gran tiempo en estas tierras mezclados.

Hasta donde entiendo, son muy escasas y dispersas en el *Tesoro* las menciones a la inmigración causada por Nabucodonosor, así como a una entrada tardía —es decir, no derivada directamente del primigenio hebreo— de préstamos hebreos en el español. Como he apuntado, Covarrubias procura mantener una posición cautelosa respecto de la «hipótesis hebraico-nabucodonosoriana», quizá poco acorde con lo que se esperaría de un converso. Además, estos dos lugares en que Covarrubias menciona palabras prestadas del hebreo —las entradas *Judío* y *Lengua*— no solo carecen de alusión a Nabucodonosor, sino que se explican fácilmente sin ella. Covarrubias y los de su generación eran plenamente conscientes de que los judíos llevaban viviendo en la Península desde muchas generaciones —independientemente de cuántos fueran los siglos exactos desde que llegaron— y que con toda probabilidad su lengua debía haber tenido algún impacto en la española, así como lo habían hecho las lenguas de muchos otros inmigrantes, y que

³⁷ Ver la entrada *Azeca*.

³⁸ Perea Siller 2006, pág. 242.

aunque hubieran sido expulsados por los Reyes Católicos, su impronta lingüística iba a ser permanente. Podríamos encontrar una pista de una relativamente tardía influencia hebrea sobre la lengua española en este pasaje de la entrada *Lengua*:

Los cartaginenses y los romanos vinieron en competencia unos de otros y la señorearon, aunque al cabo los romanos quedaron señores de toda España, y como vencedores introdujeron su lengua romana y se hablaba y escribía como en Roma. Pero, entrando los godos en ella, la corrompieron y mezclaron vocablos suyos, quedando juntamente con estos algunos de los que la antigua lengua española, de do procedió un lenguaje de latín corrupto, cual es el de las leyes de los godos y de algunos otros libros que en aquel tiempo se escribieron. Últimamente, después de la pérdida de España, señoreándola los moros, introdujeron muchos vocablos árabes, que se mezclaron con la lengua castellana, y los judíos también nos comunicaron vocablos hebreos, y tenemos algunos otros que inmediatamente vienen de la lengua griega; hanse ayuntado algunos otros vocablos italianos, franceses, alemanes y de otras naciones, aunque estos son pocos, y los más han venido con las mercaderías y cosas que se han traído a España, conservándoles sus propios nombres.

Se lee aquí un relato *diacrónico* del nacimiento del español desde el latín corrompido y de los *subsiguientes* impactos lingüísticos de los diferentes conquistadores e inmigrantes llegados a la Península: primero de los godos y *ultimamente* de los invasores árabes y *los judíos*. Las lenguas europeas modernas —italiano, alemán y francés— completan la lista de las que han influido sobre el español. En resumen, la entrada *Lengua* podría incluso interpretarse como una refutación de la «hipótesis hebraico-nabucodonosoriana», o al menos del temprano impacto lingüístico sobre el español. Con todo, tenemos que ser prudentes al extraer conclusiones pues es probable que Covarrubias apoye partes de la teoría mencionada, como los orígenes hebreos de los nombres de algunas ciudades españolas alrededor de Toledo.

Perea Siller también ha contribuido de forma pionera al análisis comparativo de los métodos de los tres grandes etimologistas hebraizantes de la época, Bartolomé Valverde, Francisco del Rosal y Covarrubias. Sus conclusiones fueron apareciendo en cuatro trabajos diferentes: primero en 1999 en colaboración con Antonio José Mialdea Baena³⁹; más tarde en un artículo del año 2002⁴⁰; en tercer lugar en

³⁹ Antonio José Mialdea Baena y Francisco Javier Perea Siller, «Criterios etimológicos en el Renacimiento español: Valverde, Rosal y Covarrubias ante la metátesis», *Lingüística para el Siglo XXI*, Ediciones Universidad de Salamanca, 11, 1999, págs. 1165-1175.

⁴⁰ Francisco Javier Perea Siller, «El léxico hebreo en algunos diccionarios etimológicos de los siglos XVI y XVII», *Res Diachronicae*, 1, 2002, págs. 270-280.

una sección de su tesis doctoral, de 2003⁴¹, y por fin en un capítulo de *La lengua primitiva de España en el Renacimiento. La hipótesis hebrea y caldea*⁴². El foco, el tema y las conclusiones de las cuatro publicaciones son esencialmente idénticos.

Perea Siller resume primero los métodos de la etimologización renacentista en general, entendida como medio para encontrar «la razón de los nombres». Desplegar la etimología de una palabra era diseccionar la propia realidad. Para encontrar la etimología, el significado de la palabra se reinterpretaba ajustándolo al étimo elegido. Era casi una forma de arte donde la intuición del investigador desempeñaba un papel decisivo; bastaba una mínima similitud formal entre la palabra y el étimo deseado para confirmar una relación etimológica entre ellos, tanto con instrumentos semánticos —metáfora, metonimia o sinécdoque— como extralingüísticos.

Como punto de partida para el análisis etimológico puede elegirse entre las similitudes formales o semánticas de las palabras. Nuestros etimologistas españoles siempre van por la segunda vía: encuentran un étimo con significado similar al de la palabra investigada y fuerzan los cambios formales necesarios para el encaje. Los procedimientos más usados, según Perea Siller, son:

- añadir algún sonido simple o una sílaba al étimo;
- eliminar algún sonido simple o una sílaba del étimo;
- añadir o eliminar algún rasgo fonético del étimo;
- sustituir uno de los sonidos del étimo;
- alterar el orden de los sonidos o sílabas del étimo (metátesis)⁴³.

Perea Siller está particularmente interesado en este último procedimiento, que según él se aplica casi exclusivamente a los étimos hebreos, y centra su análisis en las siguientes cuestiones: cuál de los tres autores usa la metátesis, por qué y en qué grado. Concluye que Valverde la practica con bastante frecuencia. Supone que al ser Valverde el único hebraísta profesional entre los tres etimologistas toma el método de los hermeneutas judíos, donde es conocido bajo el nombre de *şeruf*—Perea Siller no anota que, de hecho, Valverde confiesa explícitamente en el prefacio de su *Tratado de etymologías de voces castellanas* que sigue en ello el *Cratilo* de Platón—. Del Rosal aplica este método a los étimos hebreos. Lo justifica diciendo que la lectura en hebreo y español sigue sentidos opuestos, por lo que la etimología de la palabra puede encontrarse también invirtiendo el étimo. Y así vemos soluciones etimológicas en el *Diccionario etimológico* como *Amor* transformada en *romA* (*sic*). Y Covarrubias, mientras afirma en su dedicatoria *Al letor* del *Tesoro* que la metátesis

⁴¹ *Especulaciones lingüísticas sobre el hebreo en la España del siglo XVI y principios del XVII*, Córdoba, 2003, pero publicado en 2004.

⁴² Granada, Granada Lingvistica, 2005.

⁴³ Perea Siller 2005, págs. 133-134.

como procedimiento etimológico se ajusta principalmente a las palabras de origen latino, en la práctica la aplica a étimos hebreos y arábigos.

Tras demostrar que todos los autores utilizan la metátesis en diversos grados, Perea Siller pasa a examinar su uso en ejemplos concretos. La conclusión es que Valverde es quien más la usa. En la primera versión de este estudio⁴⁴ Perea Siller añade un cierre que, sin embargo, omite en las tres ediciones subsiguientes de su investigación: duda de que Valverde haya ejercido influencia alguna sobre los otros dos, aunque admite que hay similitudes entre sus métodos.

Estoy de acuerdo con la conclusión general del estudio en cuanto a la frecuencia de uso de la metátesis, pero no con una inexistente influencia de Valverde. La desestimación de la influencia de Valverde en los otros dos autores por parte de Perea Siller se basa únicamente en sus diferentes grados del uso de la metátesis. Sin embargo, al comparar las etimologías presentes en Valverde y Covarrubias encuentro un porcentaje muy alto de casos idénticos, que para mí es un fuerte indicio de que Covarrubias debió haber consultado el manuscrito de Valverde.

Asimismo, percibo errores desorientadores en la explicación de Perea Siller de las etimologías individuales. En primer lugar, no se atiene a su propia definición de la metátesis, el cambio del orden de las letras que forman la palabra. En el mismo párrafo donde define el término metátesis, pone ejemplos de este método en los que las vocales de la palabra hebrea son sustituidas por otras vocales para ajustarse a la palabra española: así el hebreo *bocem* se transforma en el español *bizma* en Valverde. Esto no es una metátesis: no es el orden de las letras existentes lo que se ha cambiado. Lamentablemente, este uso libre del término metátesis empaña el resto de ejemplos provocando que sus conclusiones sean menos precisas. Al centrarse en Covarrubias encuentra no menos de catorce ejemplos de metátesis. De hecho, la mitad, siete de estas palabras no muestran rasgos de metátesis sino de otro método etimológico: la sustitución de una de las letras de la palabra por otra, la adición o eliminación de una letra. Es más chocante al observar las palabras que Covarrubias deriva directamente del hebreo: de los siete ejemplos de metátesis solo dos, con algo de tolerancia, se pueden calificar como tales. En otras palabras, un examen más cuidadoso de los datos habría arrojado una utilización aún más marginal del uso de la metátesis por parte de Covarrubias.

Hay otros errores y erratas desconcertantes en los nombres de las entradas españolas del *Tesoro* que desafortunadamente no se corrigen en las cuatro ediciones del estudio. Así Perea Siller escribe *Tahal* por *Tahali*, *Cominos* por *Comino*, *Cribo*

⁴⁴ Antonio José Mialdea Baena y Francisco Javier Perea Siller, «Criterios etimológicos en el Renacimiento español: Valverde, Rosal y Covarrubias ante la metátesis», *Lingüística para el Siglo XXI*, Ediciones Universidad de Salamanca, II, 1999, págs. 1165-1175.

por *Cribo* (por dos veces en el mismo artículo), *Gamën* por *Gamón*, *Moatra* por *Mohatra* y *Gabasa* por *Bagasa*. Por último, hay algunos errores cuando intenta agrupar las entradas españolas en tres categorías diferentes según si están derivadas directamente del hebreo, derivadas del hebreo a través de otras lenguas —árabe o latín— o derivadas de otra lengua distinta del hebreo. En el primer grupo —directas del hebreo— encontramos *Cribo* que, según Covarrubias, *no* deriva directamente del hebreo *cabir* sino a través del latín *cribrum*. Y en el segundo grupo —del hebreo a través de otra lengua— *Bagasa* está mal ubicado, pues Covarrubias da el origen de la palabra española directamente del hebreo *bagad*.

Por último hay que mencionar la aportación más reciente de Perea Siller a nuestro campo de investigación, aparecida en 2010 en dos referencias prácticamente idénticas: «Notas sobre las *Etimologías españolas* de Francisco Sánchez de las Brozas»⁴⁵ y «El Brocense, lexicógrafo: el cuaderno *Etimologías Españolas*»⁴⁶. Al estudiar la obra etimológica de El Brocense, Perea Siller comenta su influencia sobre Covarrubias. Éste nombra explícitamente a El Brocense como fuente de algunas de sus etimologías. Con todo, hay discrepancias entre las referencias en el *Tesoro* y las entradas correspondientes en el único manuscrito de las *Etimologías españolas*, conservado en El Escorial: algunas de las etimologías que Covarrubias le atribuye no están en el manuscrito, mientras que unas pocas que sí están muestran diferentes interpretaciones etimológicas. Perea Siller argumenta que tales diferencias se deben a que Covarrubias usó otro manuscrito, hoy desaparecido, en el Colegio de Cuenca de Salamanca, cuya existencia atestigua Gregorio Mayáns en sus *Orígenes de la lengua española*, de 1737.

PRIMEROS ETIMOLOGISTAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA: LOS PRECURSORES DE COVARRUBIAS

Una tarea importante al investigar las raíces de las etimologías hebreas de Covarrubias y sus métodos etimologizadores es comparar su trabajo con el de sus predecesores españoles. A quiénes conoció y en qué grado pudo consultarlos, si fue crítico con sus hallazgos o si copió etimologías concretas, métodos o descripciones. Para responder debemos atender a tres diccionarios etimológicos de la época que ya incluyen etimologías hebreas de términos españoles: las *Etimologías españolas* de Francisco Sánchez de las Brozas (1580), el *Tractado de etymologías de voces castellanias en otras lenguas* de Bartolomé Valverde (1600) y el *Origen y etymología de todos los vocablos originales de la lengua castellana* de Francisco del Rosal (1601).

⁴⁵ En Antonia María Medina Guerra y Marta Concepción Ayala Castro (eds.), *Los diccionarios a través de la historia*, Universidad de Málaga, 2010, págs. 481-503.

⁴⁶ En *Boletín de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística*, 7, 2010, págs. 129-153.

De entrada, en una rápida ojeada no se tiene la sensación de que Covarrubias haya bebido abundantemente de ninguno de ellos. Mientras los cuatro aplican la etimologización hebrea en un grado bastante alto, la mayoría de sus etimologías son únicas para cada uno, y en muchos casos un autor encuentra etimologías hebreas de palabras españolas donde otro no lo hace, y viceversa. Pero tras una mirada más atenta tengo la impresión de que se inspiraron entre ellos en mayor medida de lo que parece.

En la copia de las *Etimologías españolas* de El Brocense de la Real Biblioteca de El Escorial, encontramos etimologías hebreas para 84 palabras españolas⁴⁷ Covarrubias cita en su *Tesoro* explícitamente a El Brocense como fuente de, en concreto, 12 etimologías⁴⁸. Pero si comparamos ambas obras encontramos no menos de 33 etimologías idénticas. El número podría elevarse más si tuviéramos otros manuscritos de El Brocense: esta presunción deriva de que seis de las entradas en que Covarrubias cita a Sánchez de las Brozas no se encuentran en el manuscrito de El Escorial⁴⁹. A éstas no las contamos tampoco en el anterior número de 33. Por supuesto, no podemos probar que todas ellas sean préstamos directos de El Brocense, pero su proporción —38% idénticas en 84 entradas comparadas— es lo suficientemente alta para que no pueda ser una mera coincidencia. El cuadro se hace más interesante si incluimos el *Tractado de etymologías* de Valverde en la comparación: aquí contamos 18 entradas idénticas a las de El Brocense, y en 9 casos los tres autores ofrecen la misma etimología hebrea de una palabra española.

Estas coincidencias no son lo bastante significativas estadísticamente para demostrar ni hacer probable una influencia cierta en uno u otro sentido, pero tampoco las podemos ignorar. Sería un trabajo de importancia en el futuro realizar el análisis comparativo de nuestros cuatro autores —incluyendo a Del Rosal— con especial atención a sus etimologías particulares. Algo ha avanzado Perea Siller sobre los métodos de tres de ellos, pero una investigación minuciosa del corpus de palabras ha de ser, en mi opinión, muy reveladora.

Vayamos ahora a Bartolomé Valverde, cuyo manuscrito, el *Tratado de etymologías de voces castellanias en otras lenguas* (1600) contiene una buena suma de etimologías

⁴⁷ Manuscrito A de la Real Biblioteca de El Escorial, sign. K-III-8, ff. 160r-201v. Quiero agradecer a Antonio Bernat Vistarini, de la Universitat de les Illes Balears, y a Abraham Madroñal (CSIC) su ayuda para obtener una copia de este manuscrito.

⁴⁸ Son: *Bajá*, *Bedel*, *Cebada*, *Ganar*, *Garganta*, *Maravedí*, *Mastín*, *Mozárabe*, *Natas*, *Seca*, *Taimado* y *Zaratán*.

⁴⁹ Son: *Bedel*, *Cebada*, *Ganar*, *Maravedí*, *Mastín* y *Zaratán*. Las entradas *Cebada* y *Zaratán* aparecen en el ms. de El Escorial pero sin la etimología hebrea. Recordemos que Perea Siller advierte de que Covarrubias usó un manuscrito salmantino mencionado por Mayáns.

hebreas⁵⁰. Cuando Perea Siller realizó la comparación general entre los métodos etimológicos hebreos en Valverde, Del Rosal y Covarrubias, presumía —al menos en la publicación de 1999— que Covarrubias no conoció la obra de los otros dos al ser diversas sus preferencias metodológicas. No obstante, yendo más allá de la comparación de métodos y atendiendo al *corpus* existente de palabras remitidas a orígenes semíticos en ambos autores, encontramos notables coincidencias que es difícil explicar como pura casualidad.

Al comparar las etimologías hebreas de Valverde y Covarrubias asentamos primero dos limitaciones necesarias: examinaremos solo entradas que se hallen en ambos, y además solo aquellas donde Valverde expone su origen hebreo. El motivo de esta restricción es determinar si Covarrubias se inspiró, o puede que copiara, las etimologías hebreas de Valverde.

De este modo, tenemos 165 entradas que se ajustan a esta doble condición. De ellas encontramos 57 que Covarrubias también deriva del hebreo, de manera que a primera vista no parece que podamos hablar de una proximidad muy grande entre ambas obras. Pero si observamos con atención, nos espera alguna sorpresa: en no menos de 36 casos el supuesto étimo hebreo es idéntico en los dos autores. En otras palabras, en el 63% de todos los casos en que Valverde y Covarrubias coinciden sobre los orígenes hebreos de una palabra también están de acuerdo en el étimo. Este alto porcentaje es aún más llamativo si se tienen en cuenta dos factores adicionales: primero, que la mayoría de estos étimos son fantásticos —observados desde la perspectiva actual— y los autores podían haber usado a placer cualquier otra palabra hebrea que se ajustara a sus flexibles principios etimológicos; y, en segundo lugar, ya hemos visto que las preferencias metodológicas de estos autores eran bastante diferentes, a pesar de lo cual llegan en más de la mitad de los casos a idénticos étimos hebreos.

En muchos casos las etimologías se basan en puras similitudes formales entre la palabra española y la hebrea, a menudo sin una posterior elaboración, por lo que no podemos probar la conexión inmediata entre las etimologías de Valverde y Covarrubias. Con todo, en un par de casos hay pequeños detalles, bien en el proceso etimológico, bien en la descripción de la palabra, que apuntan hacia una relación más directa. Ejemplos de lo último los encontramos en las entradas siguientes:

- *Alcavala*: ambos la derivan del verbo *pa'al* hebreo קבל *qabal*, que significa ‘recibir’. Sin embargo, este verbo no existe en *pa'al*, solo en *pi'el* como קבל *qibbel*, que ciertamente significa ‘recibir’. Covarrubias menciona asimismo la posibilidad de otro étimo hebreo, גבל *gabal*, ‘limitar’. Ambos

⁵⁰ Manuscrito de la Biblioteca Nacional, sign. ant. Ff 97, moderna 9934. Agradezco también a Antonio Bernat Vistarini haberme facilitado una copia.

sostienen la relación entre *alcavala* y *gabela*, y el cambio consonántico de *c* a *g* necesario para explicar la etimología.

- *Azucena*: para ambos deriva de la misma palabra hebrea; Valverde da la forma masculina שושן *šošan*, Covarrubias la femenina [שושנה] *šošanā*⁵¹, que significa ‘lirio’. Y ambos mencionan la relación de la palabra con el nombre de la capital real de Persia en tiempos bíblicos, Susa, que puede derivarse de la misma palabra hebrea.
- *Zaragüelles*: Ambos rastrean como origen, bastante extraño, la palabra aramea סרבלא *sarbala* ‘pantalones’, y ambos dan explícitamente como fuente el capítulo 3 del Libro de Daniel.
- *Hosco*: Mencionan los dos la posibilidad de que la palabra derive del latín *fuscus*, pero para rechazarla y acordar que proviene del hebreo חשך *hošek* ‘tiniebla’.
- *Hulano* (en Covarrubias, *Fulano*): La hacen proceder del hebreo פלוני *peloni* ‘alguien, fulano’. Lo interesante aquí es ver el modo por completo idéntico en que ambos falsifican la transcripción de la palabra hebrea. Los dos autores trasladan el hebreo פלוני como *feloni*. Aunque la primera letra פ (*pe*) podía, en efecto, pronunciarse tanto *p* como *f*, en hebreo correcto no se hace arbitrariamente sino según ciertas reglas gramaticales ya bien conocidas y prescritas en las gramáticas hebreas del tiempo de nuestros autores. Una de las reglas dice que esta letra se pronuncia siempre como oclusiva a principio de palabra, por lo que se transcribe como *p*. Como prueba ulterior de que no se trata de un simple error vemos la transcripción de las otras palabras hebreas relacionadas en las mismas entradas: encontramos *felonit* y *fulanita* por los correctos *pelonit* y *pelonitā* en Valverde, y *fala* por el correcto *pala* en Covarrubias.

Este último ejemplo nos lleva a otro rasgo metodológico común: el falseamiento de la transcripción de las palabras hebreas. Por falseamiento entiendo la alteración deliberada y encubierta de la *transcripción* correcta de una palabra hebrea, dando otra ficticia con el propósito de aproximarla más a la palabra española cuya etimología se desea averiguar. Acabamos de ver arriba cómo palabras hebreas que empiezan por *p* pasan a empezar por *f* sin más explicación para conformarse por ejemplo a la palabra española *fulano*. Valverde va todavía más allá cuando cita la forma aramea de la palabra פלוניהא *pelonitā*, que transcribe como *fulanita*, cambiando no solo la primera consonante sino también las dos vocales, reforzando de esta manera la similitud y ofreciendo un parentesco etimológico más convincente entre el arameo y las palabras españolas.

⁵¹ La palabra hebrea en caracteres cuadrados no se encuentra en el Tesoro, solo su transcripción como *sosana*, de la cual he reconstruido la forma שושנה *šošanā*.

Encuentro que esta forma de manipulación de las transcripciones del hebreo es muy propia de Valverde y Covarrubias y ampliamente ejercida por ambos. Como contraejemplo, Del Rosal, contemporáneo y del que hablaré más abajo, por más que procura con todas sus fuerzas desvelar orígenes hebreos del mayor número posible de palabras españolas, nunca acude a este método⁵². Sus transcripciones de palabras hebreas se atienen siempre en general a las normas fonéticas y, en concreto, da la transcripción correcta de las vocales y consonantes que se encuentran en los lexicones hebreos contemporáneos.

Entraré más tarde en los detalles de cómo y en qué medida Covarrubias utiliza este método. Aquí me limito a mostrar un par de ejemplos más de la obra de Valverde:

- Todas las entradas bajo la letra *F*: los étimos hebreos empiezan siempre con la *f* incorrecta. Por el contrario, bajo la letra *P* todos los étimos hebreos empiezan correctamente con *p*.

A veces Valverde aplica este método de manera algo cautelosa, dando tanto la forma correcta como la falseada de la transcripción una al lado de la otra. Por ejemplo:

- *Ira*: del hebreo חרה [*hara*, ‘enojarse’] «hira chara». *Chara* es correcto, *hira* inventado.

En algunos casos da incluso dos formas de transcripción alternativas donde ninguna de ambas es correcta:

- *Navas*: del hebreo נאווה «nauas o nauots». Esta palabra se encuentra en la Biblia hebrea solo en la forma constructa del plural vocalizada como *ne’ot* ‘pastizales’, por lo que en nuestro contexto debería ser la transcripción correcta⁵³. También es posible que Valverde tomara otra palabra de forma y significado similares, נוה *nawe* ‘oasis, pasto’, que, por el contrario, solo se encuentra en singular en la Biblia hebrea, y creara una transcripción ficticia combinando las dos palabras para acercarse más a sus premisas etimologizadoras.
- *Parque*: del hebreo ברקה «barca o beraca». La transcripción correcta es *bereka* ‘alberca’.

⁵² He encontrado una sola excepción: en la entrada *Alfil* Del Rosal menciona que tanto el árabe como el hebreo usan la palabra *fil* para el español *elefante*. En árabe la palabra es ciertamente *fil*, mientras que en hebreo, según las reglas ortográficas arriba mencionadas, debe ser *pil*. Con todo, esta falta de discriminación entre diferencias menores entre palabras árabes y hebreas me parece deberse más a un descuido que al falseamiento deliberado del hebreo.

⁵³ Podemos crear hipotéticamente una forma plural absoluta de esta palabra vocalizada como *na’ot* –la que encontramos actualmente en los diccionarios de hebreo moderno– pero así tampoco se ajusta a la transcripción de Valverde.

En otro caso Valverde llega a falsear la propia palabra hebrea. En la entrada *Cacique* deriva la palabra del hebreo צָקִין [ʒaqin] «Çakin» con el significado 'gran príncipe'. Esta palabra hebrea no existe. Con mucha probabilidad, Valverde tomó la palabra קָשִׁין qashin, que sí existe, con el significado de 'príncipe' y trocó el orden de las dos primeras consonantes sin mencionarlo.

En otros casos las ligeras pero significativas diferencias entre las etimologías de Valverde y Covarrubias hacen suponer que Covarrubias pudo haber consultado la obra de Valverde pero con una actitud crítica. Hay una ocasión en que coincide con el étimo hebreo que encuentra Valverde para determinada palabra pero Covarrubias expone una manera diferente de derivar la etimología:

- *Cuervo*: ambos derivan la palabra del hebreo עָרֵב 'oreb' 'cuervo'. Pero mientras Valverde explica el cambio de la gutural inicial 'ayin a g y luego a c con la ayuda de algunos principios fonéticos que encuentra en San Jerónimo, Covarrubias elige el método de «falsear la transcripción» transcribiendo la palabra como «ghorev», sin explicar cómo llega a la c de «cuervo».

En otro caso Covarrubias menciona la posibilidad del mismo étimo hebreo que da Valverde para una palabra española pero la rechaza por otro no hebreo:

- *Como*: según Valverde deriva del hebreo כִּמּוֹ kemo 'como'. Covarrubias también menciona este origen pero lo descarta diciendo que es más probable el origen latino en *quo modo*.

Por último hay que comentar un peculiar método etimologizador compartido por Valverde y Covarrubias que hasta el momento parecen haber ignorado los investigadores y que podría indicar la influencia de Valverde en Covarrubias: la adición del artículo definido arábigo *al-* a palabras no arábicas, particularmente a las hebreas, para lograr sus objetivos etimológicos. En la introducción a su *Tratado de etymologías* Valverde expone en detalle las diferentes maneras de añadir, eliminar o cambiar letras durante el proceso etimológico. Aquí encontramos el siguiente procedimiento: «...si añadimos sílaba al principio en *alquitara, algibe, alcohol, albarcoque, alcuza*, que quitada la *al* que añadió el arabigo a los Ebreos בכרה, כוס, כחל, קיטרה, גבה, קיטרה, קחל, *gibe, quitara, cohol, becore, coç* o *coça, cuç* o *cuça*...». Si bien no encontramos exactamente estas mismas etimologías en Covarrubias, sí hay otras elaboradas sobre el mismo principio:

- *Azecalar*: «hebreo זָכַךְ zacach [...] y con el artículo a. Árábigo, a-çacalar, y azecalar»;
- *Alacrán*: «hebreo עֶקְרֵב AKrab [sic]⁵⁴, y con el artículo Arabigo AlaKrab»;

⁵⁴ Transcribir la *qof* hebrea como K mayúscula es una práctica que Covarrubias sigue del *Globus canonum et arcanorum Linguae Sanctae* de fray Luis de San Francisco.

- *Albacora*: «es nombre árabe, de raíz hebrea בכור, becor [...] el hebreo בכורה bicura, y de allí bacora, y con el artículo al, albacora»;
- *Alcaná*: «nombre derechamente hebreo, del verbo קנה chana [...] y con el artículo árabe al-Kana»;
- *Alnafé*: «del verbo נפח nafah, sufflare, y añadiéndole el artículo al-nafah, inde alnafé»;
- *Azar*: «de raíz hebrea, y haberse dicho, צר tsar [...] que añadiendo el artículo árabe decimos atsar y corrompido azar»;
- *Açucena*: «hebreo sosana, corruptamente se dijo sosena y susena, con el artículo Árabe a-susena, y açucena»;
- *Aragán*: «es nombre árabe de raíz hebrea, la a es artículo, ragan verbo רגן ragan».

Solo hay unos pocos ejemplos inequívocos de implementación del artículo definido árabe directamente sobre palabras hebreas. Aparte de estos, también encontramos ejemplos en el *Tesoro* donde Covarrubias antepone el artículo definido árabe a palabras latinas y griegas⁵⁵.

Resumiendo lo anterior, hay una alta probabilidad de que Covarrubias leyera la obra de Valverde, bien que con una mirada crítica: los indicios son el alto porcentaje de étimos hebreos idénticos para aquellas palabras españolas donde coinciden ambos en su origen hebreo, las argumentaciones iguales en varias entradas, las desviaciones críticas que Covarrubias aplica a algunas decisiones de Valverde, el peculiar método de adición del artículo definido árabe antepuesto a palabras hebreas y el falseamiento de la transcripción de palabras hebreas.

El número mayor de etimologías hebreas previas a Covarrubias lo encontramos en la obra de Francisco del Rosal, *Origen y etimología de todos los vocablos originales de la lengua castellana* (1601). Según la estimación de Enrique Gómez Aguado⁵⁶ hay unas 400 palabras españolas distribuidas en 300 entradas a las cuales se indica ahí de una forma u otra un origen hebreo. Este último número es algo más alto que mi propio recuento, que arroja 262 palabras españolas con orígenes hebreos, aunque si incluyéramos también las entradas que tratan del origen hebreo de las letras del alfabeto español, entonces sí nos acercaríamos a las 300.

Gómez Aguado examinó las posibilidades de interinfluencia entre las obras de Del Rosal y Covarrubias. Después de una comparación aleatoria de unas 50 entradas

⁵⁵ Véanse entre otras las entradas *Alamar*, *Alcaparra*, *Alcaravea*, *Alholí*, *Aloja*, *Alquimia*, *Amarillo*, *Arroz*, *Arruga* y *Azogue*.

⁵⁶ Francisco del Rosal: *Diccionario Etimológico*. Edición facsimilar y estudio de Enrique Gómez Aguado, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992, pág. xci.

concluye que no hay coincidencias ni en sus técnicas ni en la disposición de la microestructura de sus materiales. Desde su punto de vista, de haber similitudes, han de deberse al uso de fuentes comunes.

Tras el análisis minucioso de todas las entradas que tienen que ver con el hebreo en ambas obras, he llegado más o menos a la misma conclusión. De un total de 262 entradas relacionadas con el hebreo en Del Rosal, 224 constan también como entradas en Covarrubias, son las que componen la base de nuestra investigación. De estas 224 entradas hay 85 en que Covarrubias encuentra también étimos hebreos para las palabras españolas. Comparando estas 85 etimologías hebraizantes vemos que al menos en 46 se aplica la misma etimología hebrea a las palabras españolas. Es un porcentaje notablemente alto: en el 54% de los casos en que ambos autores dan una etimología hebrea resulta ser precisamente la misma. Este porcentaje está muy próximo al que vimos al comparar las etimologías hebreas de Valverde y Covarrubias: 63%. Como dijimos al hablar de El Brocense y de Valverde, porcentajes así cuesta despacharlos como casuales. Lamentablemente, la naturaleza concisa de nuestros diccionarios no nos permite concluir mucho más⁵⁷. En definitiva, estos datos refuerzan la presunción de que los hebraístas de la época consultaban las obras de los demás y de ahí sacaban mutuamente inspiración, sin duda en mayor grado del que admiten la mayoría de investigadores. Esto mismo es lo que, como mínimo, podemos decir de las obras de Del Rosal y Covarrubias.

Después de examinar el corpus efectivo de los cuatro etimologistas, habría que decir alguna cosa de sus métodos: ¿estaba Covarrubias influido por alguno de ellos al elegir sus propios métodos de etimologización? En este aspecto encuentro una dependencia claramente menor entre estos autores que respecto a sus etimologías. Cada uno manifiesta sus preferencias: Del Rosal es el más «honesto» de los cuatro, restringiendo sus descubrimientos etimológicos a cuando hay abiertas similitudes formales y semánticas entre la palabra hebrea y la española. Sin embargo, en casos limitados —pero aun más frecuentes que en Covarrubias— aplica el método

⁵⁷ Más allá de las estadísticas, contamos con unas pocas entradas que dan pistas de una influencia mutua entre Del Rosal y Covarrubias. En la entrada *Aguinaldo* los dos autores derivan la palabra española de la combinación de dos hebreas; y la primera, *hag*, es la misma en ambos: Del Rosal da *hag naldo* o *noledo*, que significa «la fiesta de Su nacimiento», mientras Covarrubias da *hag nahal*, «fiesta de la herencia». Esta semejanza es aún más significativa si tenemos en cuenta que nuestros autores casi nunca usan el método de combinar dos palabras hebreas para dar una española. Otra entrada es *Alcavala* donde citan ambos la leyenda de Alfonso el Sabio, cuya expresión «ál que vala» sería el origen de la palabra, y ambos también acuden a Juan Parladoiro como autoridad para la fuente etimológica hebrea. Es interesante que esta última palabra presenta diferencias entre nuestros autores: según Del Rosal viene del nombre hebreo *cabbala*, mientras que Covarrubias afirma que del verbo hebreo *גבול* *gabal*.

de la metátesis⁵⁸. Es también quien tiene el sistema de transcripción hebrea más consistente. Valverde —como admite abiertamente en el prefacio de su diccionario— etimologiza con mucha más libertad. En su opinión solo la raíz consonántica de la palabra cuenta en el proceso etimológico, no las vocales. Además muestra una gran libertad en el tratamiento de los étimos: letras y sílabas se pueden añadir o eliminar de una palabra, y el orden de las letras y hasta las letras mismas pueden cambiarse ajustándose a fines etimológicos. Es también el primero en usar el subrepticio método de falseamiento de las transcripciones del hebreo, aunque en bastante menor medida que Covarrubias. Finalmente tenemos a Covarrubias, quien casi nunca usa la metátesis, pero sí falsea las transcripciones hebreas —posiblemente inspirado por Valverde—, y en general manipula sus étimos hebreos en mucha mayor medida que ninguno de sus predecesores.

Para acabar de redondear esta comparación necesitamos examinar un último aspecto de la actividad etimologizadora de nuestros autores: su postura acerca del origen de los componentes hebreos del español. Sorprendentemente, tanto Del Rosal como Valverde muestran la misma irresuelta ambigüedad hacia el problema que el propio Covarrubias: por una parte parecen fieles acólitos de la antigua posición monogenética hebrea, de base teológica, para el origen de todas las lenguas de la Tierra; por otra, admiten que los préstamos del hebreo deben haber entrado en el español mediante contacto con la numerosa población de judíos ibéricos. Al haber ya analizado estas ambiguas afirmaciones en el *Tesoro* de Covarrubias, fijémonos ahora en nuestros otros etimologistas. En Del Rosal vemos tales opiniones ambiguas en varias partes de su *Diccionario etimológico*. En la entrada «Caça y caçar» defiende la teoría monogenética del hebreo:

Todos lo pudieron tomar de la Hebrea primera Lengua de el Hombre» (fol. 76v).

Sin embargo, en el prefacio afirma que el español fue contaminado por muchas lenguas en el curso de la historia, entre otras por el hebreo:

También contribuyó la Hebrea con la comunicación de los Judíos, de que hubo en España gran copia (fol. 7v).

La ambigüedad es aún más fuerte en el caso de Valverde, que presenta las opiniones contradictorias —el hebreo como matriz de todas las lenguas pero a

⁵⁸ Véanse, entre otras, las entradas *Arroyo*, *Blanco*, *Borras* y *Tacaño* en Del Rosal. Es especialmente interesante la palabra *Blanco*, donde tanto Del Rosal como Valverde dan la misma etimología del hebreo לבן *laban*, alterando el orden de las dos primeras consonantes según ese procedimiento de metátesis.

la vez introducido en el español por la población judía local— casi en la misma frase:

Pues no hallándose como digo la etimología del vocablo Castellano en la Árábica ni Latina, lo seguro y acertado es acudir a la fuente y madre de todas, la Lengua Ebraea, mayormente habiendo dexado en España los Judíos infinitos vocablos, como provaré después [...] aunque los Reyes Católicos echaron los Judíos de España, los vocablos que ellos habian introducido no pudieron» (fol. 134v).

En mi opinión estas afirmaciones de tres etimologistas independientes, sorprendentemente unánimes en su ambigüedad, revelan el proceso inicial de cambio de paradigma en la teoría de las lenguas: se intenta defender aún la vieja teoría establecida teológicamente acerca de los orígenes del lenguaje, pero su convicción es cada vez más débil. Nuestros autores parecen ser *a la vez* los últimos defensores de la teoría monogenética del hebreo y los primeros difusores de las teorías modernas acerca de los préstamos de palabras y de los procesos de interacción entre lenguas y culturas diferentes.

GYÖRGY SAJÓ

Grupo de Investigación «Studiolum»

Traducción de Antonio Bernat Vistarini

Universitat de les Illes Balears - Grupo de Investigación «Studiolum»